

Muñoz Barberán, ciudadano florentino por un mes

«Cuanto más pinto, más gano... en experiencia»

«La abstracción no ha llevado a muchos sitios»

ANTONIO LOPEZ

Florencia y Lisboa son puntos de referencia en la charla con Muñoz Barberán, que empieza hablándome de cuando toréó en la capital lusitana. Y le gustó casi tanto como su mes en Florencia, convirtiéndose en privilegiado ciudadano durante los veintiocho días del pasado febrero. Ahora, desde ayer, sus recuerdos están expuestos —en forma de óleos y dibujos— en «Chys».

Tiene don Manuel la tensión alta en cuanto se descuida y, así las cosas, suele huir del coñac, de la sal y del café. Cuando trabaja, apenas un cigarro «porque el alcohol me perjudica mucho». Asegura que cuanto más pinta, más gana. No de refiere al dinero sino a grados de experiencia. «Pero ningún pintor tiene fama de rico, ninguno. Porque Dalí es de otra categoría, está en otra galaxia. Donde yo ganaría más es en el toro. En el fondo me considero un buen torero. Quizás mejor que pintor. Así que seguramente equivoqué la carrera». Y entonces me cuenta lo de Lisboa, aquellos días en la finca de Antonio Lino, pintor portugués de enormes barbas de anacoreta que acabó haciéndose muy amigo de don Manuel. «Fui torero por un día y torando me rompí una mano que tardó dos meses en curar, ante el disgusto de Molina Sánchez. Me eché al ruedo con una chaqueta y un jersey, y lo hice francamente bien pero no me contrataron para nada». Y se lamenta el artista de que jamás ha pintado nada de toros, excepción hecha de un cuadro que hizo para el Club Taurino de Murcia. «Pero no sé pintar toros, porque no los he estudiado. Me pasa



En sus cuadros se ha traído Florencia a Murcia.

JUAN

como a los gatos, que si los pintara de memoria me saldría una rata. Y de un toro haría un monstruo. La verdad es que yo ganaría más como torero. Mejor dicho, ganaría algo. ¡Qué hermosura de cuartos, si me hubiese dedicado a eso!».

Pero Muñoz Barberán decidió plasmar su arte en el lienzo. De vez en cuando le apetece conocer gentes y casi siempre pone rumbo a Italia. Primero fue Venecia y ahora, el pasado febrero, Florencia. «Mira, la verdad es que me apetecía convertirme en un florentino más. Y cogí los bártulos. Fué un mes de mucho frío y la mitad del tiempo hice vida de calle, pero trabajando como un mulo. Charlaba con todo el mundo y acabé haciendo muchos amigos. Lo pasé estupendamente y me traje a Florencia retratada». Y, además, el pintor consiguió trazar un paralelismo entre Florencia y Murcia, donde la gente hace una vida bastante similar. «Yo no cambiaría aquello por esto, porque lo mejor es escaparse. No lamento no

haber nacido en París o Florencia, porque no las cambiaría por Lorca, aunque sí las alternaría. La vida florentina es bastante parecida a la de Murcia, aunque en lo arquitectónico hay una diferencia abismal. Es una hermosura ir a una ciudad donde no ves ningún disparate arquitectónico; donde las obras maestras de pintura y escultura están en la calle. Así, pasear es aprender. Encuentras las iglesias abiertas todo el día, y puedes verlas sin que el sacristán te diga nada. Esa libertad es una hermosura...».

Para algunos, no muchos, Muñoz Barberán, es uno de los pintores «tercermundistas» de Murcia, calificativo que asume de alguna forma. «Sí, claro, yo soy un tercermundista, como Lucas. Es que ir al «Gijón» no me importante, ¿sabes?». No parece molestarle el calificativo «porque estoy respaldado por muchos africanos y, además, ser tercermundista es una hermosura. Pero yo sé medir las palabras. Fijate: una especie de tercermundismo es lle-



Se considera mejor torero que pintor.

JUAN

var el escudo de decir a todos tercermundistas. Decirlo cada vez que se viene al pueblo es de catetos». Surge así, otra vez, la pugna entre lo abstracto y lo academicista, con Lucas ausente pero atacando de nuevo. «Cada uno tiene su manía y la mía es Florencia. Es una necesidad de aprender la pintura moderna y la antigua. La moderna la entiendo, aunque no la comprendo. Porque no es cierto que los academicistas no sepamos entender a los modernos. Una cosa es entenderlos, que los entiendo, y otra que yo pueda o quiera hacer esa pintura. Yo no pretendo imitar el último cuadro de fulanico. Además, la pintura es como una espada, que la puedes doblar pero vuelve a su postura en cuanto la sueltas. Y ese será el final de lo abstracto. Porque la abstracción no ha llevado a muchos sitios. Ahora mismo se practica el academicismo de 1850. La pintura de Antoñito López, una de las más modernas que hay, reproduce lo que tiene delante». Es decir, que para don

Manuel el camino de la pintura no pasa por la abstracción. «En caso contrario, yo no soy pintor. Si no soy moderno es porque no quiero, o porque pienso que mis condiciones artísticas me llevan por otro camino. Y, oye, es muy hermoso hacer lo que uno quiere para treinta años que vas a estar aquí. ¿O no?». Sin timideces, el artista prosigue. «Creo que en la abstracción hay gente que se aprovecha de una pintura mala como si fuera buena. Lo bueno, en abstracción y en cualquier ismo, lo entiende cualquiera. Lo demás es engaño absurdo. En todo hay pintura buena y mala. Es algo que está mil veces dicho, pero hay que repetirlo. Sin duda los fallos se ven más en un pintor figurativo. Las únicas enseñanzas salen de ver mucho arte antiguo y mucho moderno, de estudiar esa gran disparidad». Entonces, de de tercermundista... «Llamarnos eso a nosotros es un abuso absurdo y estúpido. Es algo intolerable, aunque yo soy muy tolerante...»